

EL SOSTENIMIENTO ECONOMICO DE LA IGLESIA

UNA FUNDAMENTACIÓN DESDE EL CONCEPTO DE COMUNIÓN ECLESIAL

Gregorio Guitián
Facultad de Teología
Universidad de Navarra

Introducción

Por múltiples y complejos motivos, la historia reciente nos enseña que uno de los retos que toca afrontar a la Iglesia en España es conseguir mostrar a la sociedad española el verdadero rostro de la Iglesia. A veces, la realidad y la opinión pública están tan alejadas la una de la otra que, cuando se tiene oportunidad de conocer las cosas desde dentro, uno se debate entre la perplejidad y la sonrisa.

Éste es, sin duda, el caso del sostenimiento económico de la Iglesia española. Por un lado, las encuestas no dejan lugar a dudas: ya en los noventa, el 62,8% de los españoles mayores de quince años consideraba que la Iglesia era muy o bastante rica, y en los estudios más recientes continúa la tendencia a reprochar la riqueza de la Iglesia, y en particular, de la jerarquía¹. Por otro lado, la realidad, los hechos y, por tanto, los datos que maneja la Vicesecretaría para Asuntos Económicos de la Conferencia Episcopal pueden desmentir abrumadoramente semejante afirmación.

Se pone de manifiesto, también en este terreno, la necesidad de dar a conocer cómo son las cosas mismas, y en este caso concreto, la dimensión económica del día a día, mes a mes, año a año de la misión que lleva a cabo la Iglesia. Es deseable que todas las personas puedan conocer esa realidad, pero, dadas las circunstancias, en el caso de los católicos me parece imprescindible.

¿Qué puede aportar en este terreno la teología moral, y más en concreto, la moral social, es decir, esa parte de la teología que estudia la dimensión social del obrar cristiano? A mi modo de ver, junto al esfuerzo por dar a conocer la realidad de lo que tiene y hace la Iglesia, y cómo lo hace, es necesaria también una labor de formación que explique a los católicos qué es la Iglesia misma, qué significa ser católico y si eso tiene solamente implicaciones “espirituales”, o también “materiales”. Yendo a la raíz, se trata de ver si el sostenimiento económico de la Iglesia tiene fundamentación teológica. Es en este aspecto donde desearía poder contribuir.

Considero que, en última instancia, para entender bien esta cuestión hay que reflexionar sobre el hecho de la Encarnación. El dato verdaderamente radical es que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, se ha hecho hombre. En Jesucristo,

¹ P. GONZÁLEZ BLASCO Y J. GONZÁLEZ-ANLEO, *Religión y Sociedad en la España de los noventa*, Fundación Santa María, Madrid 1992, 139; J. GONZÁLEZ-ANLEO, P. GONZÁLEZ BLASCO, Y OTROS, *Jóvenes 2000 y religión*, Fundación Santa María-Ediciones SM, Madrid 2004.

verdadero Dios y verdadero hombre, Dios ha querido mostrarse a los hombres y enseñarles «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6); pero también ha querido asumir y elevar a enorme dignidad la realidad material, el mundo. En Jesucristo, lo divino y lo humano, lo espiritual y lo material se dan a la vez, sin contraposición ni confusión.

Para esa tarea de enseñar el mensaje de Dios, celebrarlo y vivirlo, Jesucristo quiso asociarse personas, hombres y mujeres, que realizaran, siempre unidos a él, esa misión. Esa es la Iglesia, que hace presente a Jesucristo (su mensaje, su gracia y su conducta de vida) sirviéndose a la vez del elemento humano. La fe cristiana no ha llegado a ningún lugar de la tierra sin que hombres y mujeres cristianos, aun con sus limitaciones, fueran allí y predicaran a Cristo; sin que un sacerdote celebrara los sacramentos; sin que un hombre o una mujer cristianos hicieran visible la caridad de Cristo. En definitiva, la vida espiritual de Cristo nos llega a través del elemento humano, visible, material, si se quiere.

De esta manera, en la Iglesia, a pesar de las limitaciones de sus miembros, actúa Cristo. Ella es sacramento de Cristo², de manera que Cristo mismo prosigue su obra mediante ella. Así, en la Iglesia, a través de elementos humanos, se accede a los dones de Dios. Con expresión del Concilio Vaticano II, la Iglesia es signo e instrumento de la íntima unión de los hombres con Dios y entre sí en Jesucristo³.

A esta unión se la suele denominar con mayor precisión “comunión”, y es ésta la categoría teológica a partir de la cual quisiera explicar cómo la preocupación por las necesidades materiales de la Iglesia en la realización de la misión que le ha sido encomendada, forma parte fundamental de la identidad de todo aquel que se considera católico. Para este propósito, y en particular, para mostrar que esta cuestión no es una preocupación que se limita al tiempo presente sino que está enraizada en la tradición cristiana, explicaré este punto recurriendo al pensamiento de los Padres de la Iglesia. A mi modo de ver, desde ahí se puede situar y comprender bien el sentido que tiene la ayuda al sostenimiento económico de la misión de la Iglesia.

Considero, por otra parte, que de cara a la comunicación de esta idea, la celebración eucarística desempeña una función importante, porque es el culmen de la vida cristiana; es, por tanto, un misterio muy próximo a la vida de los fieles y expresa gráficamente cómo la comunión eclesial es comunión en los bienes espirituales y también materiales. Por ello, después de tratar el significado de la comunión en los Padres, me detendré en algunas características de la celebración eucarística.

El concepto de “communio”

En primer lugar, nos vamos a fijar en la comunión como vínculo entre aquellos que han sido incorporados a la Iglesia por el Bautismo. El concepto de comunión sirve para expresar adecuadamente cómo entiende el cristianismo la relación del hombre con Dios y de los hombres entre sí. En particular, la “communio” tiene una especial relevancia para explicar con más profundidad la naturaleza de la Iglesia y el modo en que, en ella, viven los cristianos.

En la Carta “*Communio notio*”, sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión, se presenta a la Iglesia como «Comunión de los santos», expresión

² Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Estela, Barcelona 1963, 56.

³ Cfr. Const. Dogm. *Lumen gentium*, n° 1.

hondamente arraigada en la tradición cristiana. Desde esa perspectiva, se afirma que «la común participación visible en los bienes de la salvación (las cosas santas), especialmente en la Eucaristía, es raíz de la comunión invisible entre los participantes (los santos). Esta comunión comporta una solidaridad espiritual entre los miembros de la Iglesia, en cuanto miembros de un mismo Cuerpo, y tiende a su efectiva unión en la caridad, constituyendo “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32)»⁴.

Como puede verse, la comunión eclesial entraña aspectos visibles e invisibles que se dan entrelazados y constituyen una unión, una ligazón, una comunidad en la fe, en los sacramentos y en la caridad. Hay, por otra parte, un lógico subrayado de la solidaridad espiritual entre los miembros de la Iglesia, porque es ése el primer resultado natural de haber sido alcanzados por la gracia de Cristo: «lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (1 Jn 1, 3).

Sin embargo, no se deben pasar por alto los aspectos visibles o materiales de la comunión, de manera que quedara la impresión de que ésta se refiere prácticamente a la unidad espiritual resultante de la posesión de una misma fe y una misma gracia, recibidas en el anuncio de la Palabra y en los sacramentos. Sería ésta una visión parcial de la “communio”, que no se corresponde con la totalidad del mensaje cristiano. La misma aparición del diaconado (Hch 6, 5-6) refleja ya en la Iglesia primitiva las consecuencias materiales de la comunión. A quienes dedicaban su vida a la predicación del Evangelio no les quedaba tiempo ni medios para atender las necesidades materiales de sus propias familias. Entonces, el espíritu de comunión llevó a los apóstoles a designar a siete discípulos que se dedicaran a «servir las mesas» (Hch 6, 2), es decir, a servir a la comunidad también materialmente. Por su parte, San Pablo explicita un aspecto material fundamental de la “communio” cuando, en referencia a las limosnas con que unos ayudaban a otros, dice que «al comprobar este servicio, glorificarán a Dios por vuestra obediente confesión del Evangelio de Cristo, y por la generosidad de vuestra comunión con ellos y con todos» (2 Co 9, 13).

Efectivamente, en las primeras comunidades cristianas queda patente que la comunicación de bienes materiales en la caridad para atender las necesidades de la propia Iglesia (que eran todos ellos), era un aspecto tangible de la comunión⁵, sin descuidar por ello los aspectos espirituales inseparables de su culmen, la Eucaristía: «el cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es la comunión del Cuerpo de Cristo?» (1 Co 10, 16).

Más adelante, los Padres de la Iglesia tuvieron muy presente este mensaje, al tiempo que procuraban hacerlo parte de su propia experiencia. Su predicación muestra con claridad la conciencia de que el servicio de la caridad en sus múltiples modalidades (ayuda al sostenimiento de unos y otros, limosna, comunicación de bienes, uso desprendido de los bienes materiales, etc.), es una manifestación natural y necesaria de la “communio”.

⁴ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta “*Communio notio*”, 28-V-1992, n. 6 (en adelante, CN).

⁵ Hch 2, 44-46: «Todos los creyentes estaban unidos y tenían todas las cosas en común. Vendían las posesiones y los bienes y los repartían entre todos, según las necesidades de cada uno. Todos los días acudían al Templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón»; 2 Co 8, 4: «doy testimonio de que según sus posibilidades, y aun por encima de ellas, espontáneamente nos pidieron con mucha insistencia la gracia de participar en el servicio a favor de los santos».

La dimensión material de la comunión en los Padres

La enseñanza patrística sobre las exigencias de la vida cristiana en sociedad es extensa⁶. Los Padres hubieron de abordar las problemáticas sociales de su tiempo con la luz del Evangelio. Supieron extraer y exponer con solidez algunas consecuencias del Evangelio para la concreta situación que vivían. Es cierto, sin embargo, que la sociedad que contemplaban los Padres era francamente distinta de aquella en la que vivimos hoy; pero en todo caso supieron sentar las bases –principios, les llamamos hoy– que orientan constantemente a la moral social. Doctrinas como el principio del destino universal de los bienes, el recto uso de las riquezas, la función social de la propiedad o la atención preferencial a los pobres son algunos ejemplos. Aquí nos vamos a detener en algunos testimonios que ilustran cómo la comunicación de bienes es uno de los aspectos fundamentales de la comunión en la Iglesia.

Se ha dicho que los Padres entendían la comunión en un sentido amplio, que comprendía el participar, el asociarse, la situación de lo que es común a todos, el compartir la misma fe, la unión con toda la Iglesia en los bienes espirituales y materiales, la reconciliación que hace volver a la unión con la Iglesia y, en fin, la participación en la Eucaristía mediante la recepción de Cristo⁷.

Vamos a centrarnos en la comunión en cuanto unión de toda la Iglesia en los bienes espirituales y materiales, y en particular, en éstos últimos. Agruparemos la exposición en torno a dos características de la compenetración entre los aspectos espirituales y materiales de la “communio”: su unidad y circularidad.

a) Unidad

Es comúnmente admitido que en el concepto de comunión se dan a la vez una dimensión vertical, de comunión con Dios, y otra horizontal, de comunión entre los hombres⁸. En este sentido, en el pensamiento de los Padres se puede apreciar una doble unidad: la que se da entre la dimensión vertical y horizontal de la comunión y, a la vez, entre los aspectos espirituales y materiales de la comunión.

En el contexto de la afirmación de Jesús de que cuanto se dejó de hacer con el peregrino, el desnudo, el hambriento, etc., se dejó de hacer con él mismo (Mt 25, 31ss), San Gregorio de Nisa advierte que en la atención de tales necesidades de los demás (dimensión horizontal y material) el hombre se juega la familiaridad con Dios (dimensión vertical y espiritual): «aquí tienes, pues, en infortunados como éste [el necesitado], la suma cumplida de lo que te manda el Señor, y aquí puedes hacer deudor tuyo al que es dueño del universo. ¿A qué pues te empeñas contra tu propia vida? Y es así que no querer tener por familiar al Dios de todas las cosas, no es otra cosa sino hacerse uno fuerte contra sí mismo. Porque así como por el cumplimiento de lo que nos manda se nos hace familiar, así por la crueldad se aparta de nosotros»⁹.

⁶ Permite hacerse una idea general: R. SIERRA BRAVO, *El mensaje social de los padres de la Iglesia*, Ciudad Nueva, Madrid 1989; ID., *Diccionario social de los Padres de la Iglesia*, Edibesa, Madrid 1997.

⁷ Cfr. M. MARITANO, «Comunione», en *Nuovo dizionario patristico e di antichità cristiana*, Marietti, Genova-Milano 2006, 1144.

⁸ Cfr. CN, n. 3.

⁹ GREGORIO DE NISA, *Sobre los pobres que han de ser amados*, Discurso II, (GNO IX.I, 123; PG 46, 485).

Asimismo, se atisba la íntima unidad entre los aspectos horizontal y vertical, visible e invisible de la comunión en la enseñanza patrística respecto a cómo la comunicación de bienes (limosnas, etc.) refleja la semejanza con Dios mismo. Por ejemplo, en la «Epístola a Diogneto» se dice que «el que toma sobre sí la carga de su prójimo, el que está pronto a hacer bien a su inferior en aquello justamente en que él es superior, el que, suministrando a los necesitados lo mismo que él recibió de Dios, se convierte en Dios de los que reciben de su mano, ése es el verdadero imitador de Dios»¹⁰. De la misma manera se pronuncia San Cipriano de Cartago: «cualquier propietario que, según este ejemplo de equidad, parte sus rentas y frutos con sus hermanos, en tanto que se muestre justo y caritativo en estas donaciones gratuitas, es imitador de Dios»¹¹. Y San Juan Crisóstomo afirma que «cuando [Dios] establece sus leyes acerca de la limosna y humanidad y de la misericordia de que hemos de estar animados, nos pone por delante un galardón muy superior al reino mismo de los cielos: “Para que seáis –dice– semejantes a vuestro Padre del cielo” (Mt 5, 45). Las leyes que señaladamente hacen a los hombres semejantes a Dios, en cuanto cabe que los hombres se asemejen a Dios, son las que miran al provecho y bien común (...) Así vosotros, empleando según vuestras fuerzas lo que tenéis en común provecho, imitad al que distribuye sus bienes por igual a todos»¹².

b) Circularidad

Otra de las características de la enseñanza de los Padres podría quedar descrita como la circularidad entre los aspectos espirituales y materiales de la comunión. En efecto, los aspectos espirituales han de tener necesariamente reflejos materiales en la preocupación por las necesidades de los demás, primeramente en la Iglesia. Y a la vez, la preocupación por los aspectos materiales (necesidades ajenas, etc.) fortalece la solidaridad espiritual de la “communio” y, en última instancia, han de estar motivados y ordenados a ella.

San Juan Crisóstomo ofrece un buen ejemplo de esta circularidad. Refiriéndose al recto uso de las riquezas, dice: «común igualmente nos es lo espiritual, la mesa sagrada y el cuerpo del Señor y su sangre preciosa, la promesa del reino, el lavatorio de la regeneración, la purificación de los pecados, la justicia, la santificación, la redención, los bienes inefables que “ni ojo vio, ni oído oyó, no corazón de hombre barruntó” (1 Co 2, 9). ¿Cómo no calificar, pues, de absurdo que quienes tienen comunes cosas tan grandes: la naturaleza y la gracia, las promesas y las leyes, sean tan avaros en las riquezas?»¹³.

Y el mismo Crisóstomo, en su homilía sobre la Epístola a Tito, hace ver que la limosna no sólo es limpieza para los pecados, sino también madre de la caridad y fuente de la comunión espiritual. Recordando la vida de los primeros cristianos como viene descrita en Hch 2, 36, concluye así: «he ahí el fruto de la limosna: rompe las vallas y obstáculos e inmediatamente se unieron las almas de todos»¹⁴.

¹⁰ *Epístola a Diogneto*, c. X, n. 6 (Funk, I, 409).

¹¹ CIPRIANO DE CARTAGO, *Sobre las buenas obras y la limosna*, c. 25 (CCL 3A, 72).

¹² JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre la fe*, Homilía I, n. 7 (PG 51, 278).

¹³ ID., *Sobre el Salmo 48*, Homilía II, n. 4 (PG 55, 518). Esta misma idea ya está presente en *Doctrina duodecim apostolorum*, c. IV, n. 8 (Funk, I, 13).

¹⁴ JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre la Epístola a Tito*, Homilía VI, n. 3 (PG 62, 698-699).

Se puede leer en la misma clave de circularidad la enseñanza de Clemente de Alejandría en “El pedagogo”: «Dios mismo hizo al género humano para que participara¹⁵ de sus propios bienes, no sin antes repartir y poner a disposición de todos los hombres, como bien común, su propio Logos, haciéndose todo para todos. Así que todos estos bienes son comunes (...). Es más conforme a la caridad decir: está a mi disposición, ¿por qué no repartirlo entre los que están necesitados? En efecto, es perfecto el que cumple el precepto: “amarás al prójimo como a tí mismo”¹⁶. En el subvenir a las necesidades materiales ajenas se da a la vez una imitación de Dios y una adecuada plasmación material del amor de Dios participado por los cristianos.

No obstante, los Padres también advierten que la ordenación más profunda de la ayuda material a los demás es la unidad espiritual de los corazones. San Agustín considera que «no hay limosna mayor que perdonar de corazón cuando alguien peca contra nosotros»¹⁷, poniendo con ello énfasis en los aspectos espirituales de la comunión. Por su parte, Lactancio invita a evitar planteamientos reductivos cuando dice que «la comunidad no consiste en poseer en común los bienes perecederos, sino en la unión de espíritus y corazones»¹⁸.

La Eucaristía, “lugar” privilegiado de la comunión

La Eucaristía es, sin duda, el “lugar” en que se pone mejor de manifiesto cuanto venimos explicando. La carta *Communio nis notio* afirma que «la comunión eclesial, en la que cada uno es insertado por la fe y el bautismo, tiene su raíz y su centro en la sagrada Eucaristía (...). La Eucaristía es fuente y fuerza creadora de la comunión»¹⁹.

En primer lugar, vale la pena subrayar cómo los Padres tenían una aguda conciencia de la eucaristía como lugar primordial para la comunión. Hay un testimonio de San Cirilo de Alejandría que lo expresa con total claridad: «para fundirnos en la unidad con Dios y entre nosotros, aunque tengamos cada uno una personalidad distinta, el Hijo único ha inventado un medio maravilloso: por un solo cuerpo, el suyo propio, santifica a sus fieles en la comunión mística, haciéndolos un solo cuerpo con él y entre sí. (...). Unidos todos al único Cristo por su propio cuerpo, recibéndolo todos, a Él uno e indivisible, en nuestros propios cuerpos, somos los miembros de este cuerpo único, y él es así para nosotros el lazo de la unidad»²⁰.

Siendo conscientes de esta realidad, es muy clarificador observar la solicitud de los Padres por el entrelazamiento de la dimensión espiritual y material de la comunión precisamente en la celebración eucarística. Jungmann, en su tratado histórico-litúrgico sobre la Misa, se refiere al testimonio de San Cipriano, quien, al reprender a una mujer rica que asistió a la celebración sin aportar nada, refleja la costumbre general de traer los fieles

¹⁵ Lit. «para la comunión» («koinonía»).

¹⁶ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *El pedagogo*, lib. II, 120.3 y 4 (M. MERINO Y E. REDONDO (EDS.), *Clemente Alejandría. El pedagogo*. Fuentes Patrísticas 5, Ciudad Nueva, Madrid 2009, 486-488).

¹⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *Enquiridión a Lorenzo sobre la fe, la esperanza y la caridad*, lib. I, c. 19 (CCL 46, 88).

¹⁸ LACTANCIO, *Instituciones divinas*, lib. III, c. 22 (CSEL 19, 1, 251).

¹⁹ CN, n. 5.

²⁰ CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Sobre San Juan*, c.11 (PG 74, 560).

ofrendas a la celebración eucarística²¹. A partir de ese y otros testimonios patristicos, Jungmann concluye que «desde entonces las aportaciones que para el culto se exigían a los fieles, lo mismo que sus limosnas para los pobres, se hicieron coincidir cada vez más con la celebración eucarística, evolución que se vio favorecida por la antigua costumbre de llamar ofrendas a las limosnas hechas a la Iglesia o a los pobres»²².

San Juan Crisóstomo es testigo de este proceder y del significado completo de la comunión en una de sus homilías, cuando se refiere a la ofrenda que se hacía de vasos sagrados preciosos para la Eucaristía: «la Iglesia no es un museo de oro y plata, sino una reunión de ángeles. Almas son lo que necesitamos, pues por las almas quiere Dios los vasos sagrados. Al hablar así no es mi intención prohibir que se hagan semejantes ofrendas. Lo que pido es que, juntamente con ellas, y aun antes que ellas, se haga limosna; el Señor acepta, ciertamente, las ofrendas, pero mucho más la limosna (...) ¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena toda de vasos de oro, si Él se consume de hambre?»²³.

Jungmann refiere que las ofrendas que se hacían con ocasión de la celebración eucarística se aplicaban, naturalmente, al culto; pero también al sostenimiento del clero y a los necesitados. Por ejemplo, ya desde antiguo, las ofrendas de pan y vino que no se destinaban a la celebración eucarística, «si no había que atender a las necesidades del clero, se repartirían principalmente entre los pobres, para los que se había creado el ministerio de los diáconos»²⁴. Con el tiempo, se hace común que las ofrendas, limosnas, etc., de los fieles, se conviertan también en un modo de sostenimiento del clero²⁵.

Si nos fijamos en el sentido de la comunión, es especialmente significativo que el momento de la celebración eucarística en que tiene lugar la colecta para diversas necesidades sea el rito de la presentación de los dones²⁶. Así se significa adecuadamente cómo la comunión a que tiende la Eucaristía supone también el entrelazamiento de los bienes espirituales y materiales. La fe, la liturgia y el servicio de la caridad se ponen en acto en el momento fundamental y privilegiado de la comunión eclesial, que es la Misa. La misma Eucaristía impulsa así a hacer realidad en la propia vida el sentido de la “communio”. Sirva como ejemplo el testimonio de San Justino, quien se refiere a la actividad caritativa de la Iglesia en el contexto de la celebración dominical²⁷. Es de notar que este testimonio, junto con los de Tertuliano, San Ignacio de Antioquía o San Gregorio Magno han sido recogidos por Benedicto XVI en su Encíclica sobre la caridad, para expresar cómo la comunión se plasmó desde el principio en el servicio material de la caridad²⁸.

²¹ Cfr. J. JUNGSMANN, *El sacrificio de la Misa. Tratado histórico-litúrgico*, BAC, Madrid 1963, 551; cfr. CIPRIANO DE CARTAGO, *Sobre las buenas obras y la limosna*, c. 15, (CCL 3A, 64).

²² Ibid.

²³ JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre san Mateo*, homilía L, nn. 3 y 4 (PG 58, 508-509).

²⁴ J. JUNGSMANN, *o. cit.*, 556.

²⁵ Cfr. Ibid., 556-562.

²⁶ Basándose en escritos de San Ireneo y Tertuliano, Jungmann afirma que «la oblación de los fieles se hacía coincidir también en el rito con la preparación de las ofrendas destinadas al sacrificio eucarístico» (J. JUNGSMANN, *o. cit.*, 551).

²⁷ JUSTINO, *Apología I*, n. 67, (SC 507, 308-312)

²⁸ BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, nn. 20-23.

Por otra parte, son también múltiples los ejemplos de la conducta personal de los Padres que expresan la “communio” en su vertiente material. San Basilio, por ejemplo, organizó en Cesarea una ciudadela de la caridad (Basiliades), que tenía como trasfondo la comunión en los bienes, cuyo culmen es la Eucaristía²⁹. Y San Agustín, además de impulsar, según se dice, una *domus caritatis* junto a la catedral³⁰, procuró tener siempre presentes a las personas necesitadas, también con su propio estilo de vida³¹.

Implicaciones para el momento actual

La predicación de los Padres constituye un claro testimonio del sentido íntegro de la comunión en la Iglesia. El entrelazamiento de los aspectos invisibles y visibles de la comunión (comunión de los santos, participación en los bienes espirituales y las múltiples facetas materiales del servicio de la caridad) es una característica significativa de la enseñanza patristica, que orienta la acción eclesial y la conducta personal de los cristianos.

En este sentido, la contribución de los Padres permite comprender mejor la unidad e inseparabilidad entre los tres aspectos esenciales de la misión de la Iglesia. En palabras de Benedicto XVI, «la naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia»³².

Proyectando estas ideas sobre el momento presente podemos extraer algunas conclusiones. En primer lugar, el sostenimiento material de la misión de la Iglesia en el ámbito del anuncio de la fe, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad es parte de la “communio” y es responsabilidad de todo cristiano. El sostenimiento económico de la Iglesia resulta imprescindible para llevar a cabo esta triple misión, porque, como se dijo antes, es imposible la predicación del Evangelio, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad en cualquier lugar sin personas y medios materiales.

En cuanto a los sacerdotes, también ellos necesitan un sustento material para poder ejercer, según su modo propio y con plena disponibilidad, la triple misión de la Iglesia. Esta necesidad ha quedado expresada cuando Jesucristo, en relación con la comida y bebida necesaria para los apóstoles en su ir y venir anunciando el Evangelio, dice que «el que trabaja merece su salario» (Lc 10, 7)³³. En efecto, junto a los requerimientos materiales del culto (conservación de las iglesias, objetos litúrgicos, etc.) y de las personas necesitadas dentro y fuera de la Iglesia, también la ayuda al sostenimiento de los sacerdotes forma parte de la comunión eclesial en sus aspectos materiales.

²⁹ Cfr. *Storia della Chiesa. Duemila anni di cristianesimo*, vol. I, San Paolo, Cinisello Balsamo 2000, p. 86.

³⁰ J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual. Teología, celebración, experiencia*, Biblioteca Litúrgica, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2006, p. 71.

³¹ Cfr. F. VAN DER MEER, *San Agustín, pastor de almas: vida y obra de un padre de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1965, pp. 315-318; 190-197; A-G. HAMMAN, *La vie quotidienne en Afrique du Nord au temps de Saint Augustin*, Hachette, Paris 1979.

³² BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, n. 25a.

³³ San Pablo expresa la misma idea en 1 Tim 5, 17-18.

En segundo lugar, faltaría un aspecto esencial de la comunión a quien entendiera que el vínculo entre los cristianos se limita a la participación en una misma fe y unos mismos sacramentos. La caridad, expresada materialmente en la ayuda a los necesitados, la limosna para el sostenimiento material de la misión de la Iglesia, el acompañamiento, etc., es un elemento fundamental de la identidad cristiana.

En definitiva, la enseñanza de los Padres de la Iglesia, por lo demás poco sospechosos de lujo y destemplanza, muestra el sentido completo de la comunión eclesial y, también así, da cuenta de por qué ayudar a la Iglesia en sus necesidades materiales es un precepto para todo católico. Puede afirmarse que, teniendo en cuenta las propias circunstancias, hoy como ayer, nadie puede considerarse con plena verdad católico y a la vez desentenderse del sostenimiento material de la misión de la Iglesia: del anuncio de la fe, de la celebración de los sacramentos y del servicio de la caridad.